



REVISTA NUEVA

AÑO I.

4 DE DICIEMBRE DE 1891

TOMO I.

COLABORADORES

D. Antonio Sánchez Pérez.
D. Jacinto Octavio Picón.
D. Melchor de Palau.
D. Federico Jaques.
D. Tomás Tuero.
D. Federico Montaldo.

D. Manuel Matoses.
D. Francisco Flores García.
D. Joaquín Arimón.
D. Federico Urrecha.
D. Matías Padilla.
D. Salvador Canals.

REDACTORES

D. Antonio Peña y Goñi.
D. Eduardo de Palacio.

D. Pedro Bofill.
D. Luis Ruiz y Contreras.

Además de los trabajos de colaboración y redacción, publicará esta Revista interesantes artículos traducidos directamente del alemán, del ruso, del inglés, del italiano y del francés.

Secretario de Redacción: D. GUSTAVO CACHO SAAVEDRA

DIBUJANTES

D. PRIMITIVO CARCEDO

D. MANUEL G. ENCISO Y D. AGUSTÍN DE HORNEDO

Fotografados de Guerrero.

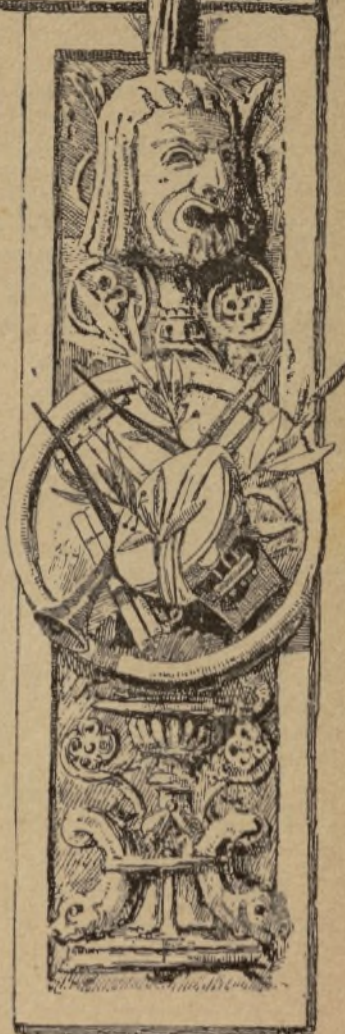
ADMINISTRACIÓN

AYALA, NÚM. 16 DUPLICADO, BAJO

Horas de oficina: de 1 á 4.

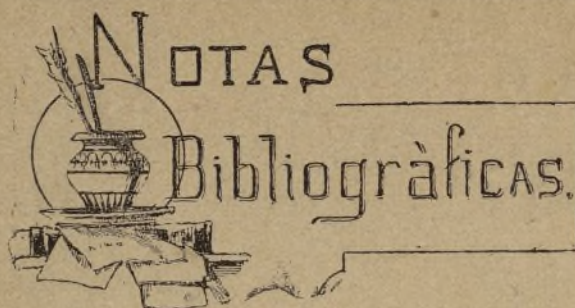
< SUMARIO >

Impresiones de teatro, por D. Pedro Bofill. — **Teatro cómico: I. El monólogo del autor al uso**, por D. Federico Montaldo (con ilustraciones del Sr. Enciso). — **María Guerrero en El vergonzoso en Palacio** (dibujo del Sr. Carcedo). — **Crónica musical**, por D. Antonio Peña y Goñi. — **¿Quién es autor de comedias?** por U. Accesorio. — **Notas bibliográficas**, por C. D.



Núm. 8.

Precio: 15 céntimos.



¿Quiere algún curioso enterarse de más?
Pues á comprar el libro, que le dirá cuantas cosas no puedo ni sé ahora decirle.

Las ilustraciones de Angel Pons, no sólo son dignas del lápiz, ya famoso, del fecundísimo dibujante, sino que le acreditan, dando á conocer una nota nueva en él, una cuerda más en su lira (que diría un revistero), ó un lápiz de color novísimo en su cartera:

La seriedad bien entendida y amable.

C. D.

Dos historias vulgares, por D. José Castro y Serrano, con dibujos de Angel Pons. Madrid. Librería de Fernando Fé. Precio: 3,50 pesetas.

Para interesar al público por un libro nuevo del Sr. Castro y Serrano, basta sencillamente anunciarle.

El autor de *La novela de Egipto* es uno de los escasos que cuentan en España número regular de lectores, que además de respetarle y considerarle, *le aman y le desean*. Teniendo esto en cuenta, suprimo todo elogio, esta vez innecesario, y me limito á dar la noticia con laconismo, seguro que ha de ser tan fecunda como los más expresivos ditirambos.

Las dos historias vulgares, dadas á luz en estos días, llevan los siguientes rótulos:

La serpiente enroscada.

El reloj de arena.

Se ha publicado y puesto á la venta el Almanaque para 1892 del acreditado periódico catalán *La Tomasa*, que contiene, además de una preciosa cubierta cromolitografiada á doce tintas, 112 páginas que se recomiendan tanto por su texto inédito y ameno, debido á la pluma de nuestros *Mestres en Gay saber* y principales poetas y escritores, así como por la varia ilustración, también inédita, de los primeros pintores y dibujantes que en él han colaborado.

En la parte artística colaboran los Sres. Bastinos, Cilla, Galofre, González, Labarta, Masriera, Padró, Pahissa, Pellicer, Ross, Serra y otros no menos celebrados.

A pesar de tanta riqueza artística y literaria, este Almanaque sólo cuesta dos reales.



PRIMERA VERSIÓN CASTELLANA

Esta magnífica obra que ofrecemos á nuestros suscritores, formará un hermoso volumen de más de 300 páginas de lectura tan amena como interesante.

(Véanse las condiciones de suscripción.)



TEATRO



MODERNO

IMPRESIONES DE TEATRO

Los humildes.—*Petit-Fornos* y Lhardy.—Las aficiones teatrales del pueblo.—*En martes de Carnaval*.—*El sereno de mi calle*.—*Los sobrinos del capitán Grant*.—Estreno del drama *Julia* en la Comedia.—*Erudición* de una corista italiana.—*El calembour* de María Guerrero.—Divorcio entre una Princesa y un actor *Amato*.

Para que esta crónica tenga un principio edificante, voy á dejar, como Jesucristo, que vengan á mí los pequeños. Tales son los teatros por horas, los humildes, los que no se proponen desarrollar tesis que hagan meditar al público.

En esas salas de espectáculos liliputienses consúmense obras con tanta abundancia como consumía manjares el gigante Gargantúa.

No diré yo que los platos que allí se sirven sean muy suculentos; pero ¿habremos de despreciar el modesto restaurant conocido con el nombre de *Petit Fornos*, porque exista en otro lugar la apetitosa mesa de Lhardy?

Para el estómago y el paladar de mucha gente, una pieza en Eslava ó en Apolo ofrece atractivos incomparables; y hay multitud de espectadores que han visto, por ejemplo, diez ó doce veces *El monaguillo*, y han dejado pasar, sin que les haya llamado la atención, una de las filigranas de nuestro teatro antiguo, que se representó tiempo atrás algunas noches en el Español, *El semejante á sí mismo*, producto del gran ingenio de Alarcón, que ya en su tiempo menospreciaba al vulgo por lo estragado de sus aficiones.

Los juguetes con música forman el encanto de nuestro público.

Si la música es de Chapí, se comprende la predilección de la muchedumbre, porque ese maestro posee el dón de la exquisitez, de la elegancia y de la delicadeza.

Pero en algunas ocasiones la música no puede salvar las deficiencias del libro.

Dígalo si no *La manzana del Paraíso*, que últimamente se ha estrenado en Eslava. La música era del regocijado compositor francés Lecoq; y el público, después de haber aplaudido y hecho repetir varios números, ha enviado al arreglador de esa *manzana* con la música á otra parte.

En cambio, dos números musicales del maestro Taboada, cantados por la señorita Montes, redimieron no ha mucho, en el mismo teatro, las escenas poco originales del juguete titulado *En martes de Carnaval*, que si bien es cierto que no pasará á la posteridad, se mantiene en el cartel con relativa firmeza.

Miguel Echegaray va como una lanzadera del teatro de la Comedia al teatro Lara.

Son sus coliseos favoritos. Para él no hay otros, porque jamás le ha dado por escribir nada que tenga que llevar música. ¿Para qué? Sus versos son de por sí musicales y sonoros.

El último juguete que ha estrenado en Lara ha obtenido muy buen éxito. Titúlase *El sereno de mi calle*, y da ocasión á las señoras Valverde y Rodríguez y á los señores Rosell, Ruiz de Arana, Rubio, Ramírez y Capilla, para desarrollar en el portal y en la escalera de una casa varias escenas sumamente divertidas.

Pero donde se está riendo el público todas las noches á carcajada suelta, es en el teatro de la Zarzuela con la *réprise* de *Los sobrinos del capitán Grant*, que ofrecen al espectador el atractivo de un estreno.

Esa ingeniosísima obra de Ramos Carrión, con la inspirada y bulliciosa música del maestro Fernández Caballero, está presen-

tada con gran propiedad en trajes y decoraciones, y su desempeño por los artistas de aquel teatro merece los aplausos que el público le prodiga.

Es un gran encanto viajar en compañía del doctor Mirabel, de la graciosa Soledad, del capitán Mochila y de la rígida pareja de escoceses.

El público va con ellos, y no cesa de reír un solo instante. La variedad de cuadros le deleita. ¡Qué agasajo para la vista! ¡Cuánta alegría para el corazón! ¡Qué contento tan increíble!

Esos sobrinos del capitán Grant son eternamente jóvenes, y le hacen á uno entrar en ganas de preguntarles:

—¿De qué procedimiento químico se valen ustedes? ¿Qué régimen de vida tienen en uso para conservarse tan frescos, tan gallardos y rozagantes?

A lo cual tengo la seguridad que contestarían:

—Pues, mire usted, nuestro único secreto es el buen humor. Esté usted alegre siempre, y vivirá muchos años. Ya lo dijo Rabelais:

Le rire est le propre de l'homme.

*
**

No nos hemos reído en el estreno del drama *Julia*, verificado noches atrás en la Comedia.

Y lo malo es que tampoco hemos llorado; que al fin y al cabo, las lágrimas producidas por un espectáculo teatral, siempre son un desahogo.

¡Nada! Ni risa ni llanto. Ese drama de Octavio Feuillet, que cuenta veintidós años de vida, puesto que se estrenó en el Teatro Francés de París el año 1869, es una anti-gualla incapaz de impresionar ni conmover al público. La tendencia á la sensiblería que ha distinguido siempre á Octavio Feuillet, fué poco eficaz esta vez para la dureza de nuestros corazones.

¿Qué cosa ocurre en *Julia* que ya no conozcan hasta la saciedad los verdaderamente aficionados al arte dramático?

Un marido que por correr tras amorosas aventuras, descuida á su mujer y á su hija.

Un amigo de aquél, que primero le predica moralidad y después intenta arrebatársela esposa.

Una hija que inconscientemente impide que su madre se escape con un amante.

La inclinación de la muchacha hacia el seductor. La partida de éste á Méjico, y la

vuelta en el tercer acto, con tanta oportunidad, que parece que le han marcado el punto y la hora en que la mujer á quien amó ha de haber muerto de una afección cardíaca, y el marido que fué víctima de su engaño, ha de estar preparado para anunciarle que *por fin lo sabe todo*, y que uno de los dos está de más en la tierra.

Todo esto se halla aderezado con disertaciones *demodées* que hicieron poca mella en el ánimo del público.

¿Y la ejecución? Discreta por parte de las señoritas Cobeña y Ruiz; notable por lo que se refiere al Sr. Thuiller, y fría, desdibujada, insustancial por lo que concierne al señor Vico.

El gigante de otras veces nos ha parecido en esta obra un pigmeo. El mismo es quien se ha achicado. Conociáse que hacía el papel de mal talante, y para el Sr. Vico ya se sabe que no hay término medio: ó sube á las alturas, donde sólo se encuentra lo excepcional, ó se queda reducido á las proporciones de un Montenegro, que, aunque es monte, no pasa de presentarse como una colina.

Ese drama de Octavio Feuillet está traducido ó arreglado (como ahora se dice) por un antiguo autor que en la actualidad no escribe nada, para el teatro, se entiende.

No diré que es el Sr. D. Luis Mariano de Larra. ¡Dios me libre! Impídemelo el hecho de haber salido el Sr. Thuiller á anunciar que la obra estaba arreglada por D. Antonio López Ayllón.

Ese nombre me recuerda la frase que dijo una corista de la compañía de opereta italiana dirigida por Tomba, en presencia de la estatua de Antonio López, erigida en Barcelona.

Algunos de los cantantes italianos recién llegados á la capital del Principado se pararon á contemplar la susodicha estatua, sin que supieran, por más que leían el nombre, á qué clase de profesión pertenecía.

Y una corista dijo:

—¡Está bien claro! Antonio López... es un autor dramático español de mucha fama. ¡López de Vega!

El teatro Español sigue atrayendo al público con el drama trágico de Guimerá, traducido del catalán por Enrique Gaspar con el título de *Mar y cielo*.

Una actriz que el año pasado trabajó brillantemente en el clásico coliseo, María Guerrero, recorre ahora inactiva los teatros de

Madrid como si pretendiera parangonar las obras que aquí se representan con las que ha visto *jugar* (poner) á los artistas de París, entre los cuales ha pasado una buena temporada.

No sé quién hizo correr la voz de que María Guerrero se iba á dedicar en Francia al arte escénico. Pero no era exacto.

El otro día le preguntó un amigo mío, que habla muy bien el francés:

—Diga usted, María: ¿es cierto que tuvo usted intenciones de que el actor Coquelin la contratara?

Y ella replicó en seguida con este *calembour*:

—El verdadero *coq-à-l'âne* lo han hecho los que han creído semejante cosa.

Y ahora, otra frase de actor para concluir este desmañado artículo:

Todos los periódicos han dado la noticia

de que el Sr. Amato no pertenece ya á la Compañía de María Tubau y Ceferino Palencia.

Este suceso, realmente, no ha conmovido á nadie, porque, así como «la mancha de la mora con otra verde se quita», de igual modo la salida de un actor se cubre con la entrada de otro.

Yo no niego ciertas condiciones al señor Amato, á pesar de su rigidez, que le enajenaba muchas simpatías. Tiene amor al estudio artístico; ha desempeñado con acierto algunos papeles; pero después de atribuirle estas buenas cualidades, me permitiré añadir que tal vez exagera él mismo la importancia de su propio mérito.

Así, me decía noches atrás uno que se precia de conocerlo á fondo:

—Es un actor que no se satisface llamándose Amato. ¡Quiere ser *Idolatrato*!

PEDRO BOFILL.





I

El monólogo del autor al uso.



E CIDIDAMEN-
necesito escri-
bir otra obra.
Las piernas de
Enriqueta van
á estar muy
pronto en el
número ciento,
y con tantas
representacio-
nes el público
va mosqueán-

dose; las decoraciones, sobre todo las del polo Norte, el polo Sur y el Ecuador, lo más bonito de la pieza, están ya viejas que dan asco; la música de *Las piernas*, ó varias partes, la tocan ya hasta los organillos callejeros, y los actores, ¡oh, cómo las han puesto!

Así se parecen lo que ellos sirven al público y lo escrito por mí, como yo á un autor de esos que llaman serios: ¡viles falsificadores! López, en su papel de cura protestante, ladró anoche mismo cinco veces y rebuznó tres; tiene habilidad, sí, no lo niego, para eso de imitar animales, pero ya abusa de ella; Pérez dió dos volteretas al bajarse del burro, que ni en un circo; pero ni esas habilidades, ni otras que hacen, son propias del teatro ni mías; menos mal que el público las celebra. ¡Pero qué malos son todos, ellas y ellos! Estrena uno completamente vendido.

Además, para escribir mi obra nueva, me favorece ahora la circunstancia de que, con

el cambio de Ministerio, he de ir todos los días á la oficina y puedo trabajar. Nada, nada, está dicho: obra nueva *habemus*.



El título, ante todo el título, ha de ser por el estilo del otro: ¡buenos cuartos me ha dado! Voy á crear yo con nombres de mujer una serie de obras que va á dejar tamañita la serie de las nacionales. Panorama, certamen, amores y demás, todo nacional; pues yo cojo un nombre de mujer, le pongo delante cualquier cosa, á cada una lo suyo, y al cartel. Ya Veguita me ha inutilizado la Lola y la Pepa; pero en el mundo hay más. Ésta se llamará *El... de la Paca*; y el público, que ya sabe cómo las gasto, sustituirá los puntos suspensivos con alguna barbaridad. Es mi sistema de hacer chistes: verdes, eso sí, todos, pero dejando al público la responsabilidad de la interpretación: lo que hacen con sus títulos esos periodiquitos de Barcelona que tanto gustan por ahí.

La acción pasa en el Japón: ¡hombre! una aleluya; no la echaré en saco roto; me ha salido muy sonora; *malgré* la espontanei-



dad, parece de Quintana. Bueno; la Paca es mondonguera, ó pitillera, ó chalequera, ó algo así, con tal de que sea muy chula, con gotas de caló; que diga *durcas*, *achares* y *clisos*, por lo menos; le hace el amor un Marqués viejo y rico, muy ridículo: los aristócratas á la linterna, como dijo el otro, y un tal *Moños*, tomador, lacero municipal ó cosa por el estilo, muy chulo también, con gotas de aquello también, y simpático, valiente, chirigotero, etc. Es preciso halagar los instintos populares, para lo cual, el primer cuadro de exposición acabará dando el *Moños* una paliza monumental, en plena vía pública (ya elegiremos el sitio para meter



una decoración), al Marqués y á cinco ó seis autoridades que intervienen en la bronca. El

público toma parte en el juego y empieza á dislocarse.

Cuadro segundo. La Paca, que ya le ha sacado un *veraguas* al Marqués como anticipo, le tiene un miedo atroz al *Moños* y decide huir de España, aprovechando los servicios de una agencia de emigrantes para el Brasil, que es donde se desarrolla el cuadro, en la agencia; ella podrá cantar aquí unas coplitas intencionadas, las del mondongo, diciendo que en todas partes los hay y que ella con eso se gana la vida, y por ahí hasta el chiste del jabón. Luego toma pasaje para Río Janeiro. Lo sabe el Marqués y toma pasaje también para el mismo punto; lo sabe el *Moños* (ya buscaremos el medio de que todos lo sepan por casualidad); llega á la agencia cuando todavía está allí el Marqués; se entera de lo que dice éste, sin ser visto; se pone unas patillas de boca de hacha, postizas, vuelve y se ofrece al Marqués como criado para el viaje; el Marqués no le conoce, naturalmente, y acepta.

MÚSICA

Moños. Pues nos embarcaremos muy pronto en la Carraca.
Aparte: (Gracias á este tío memo yo pescaré á la Paca.)

Marqués. Pues bien; hasta muy pronto, á bordo en la Carraca.
Aparte: (Con éste, que no es tonto, yo encontraré á la Paca.)

El público, que está en el secreto, goza lo que no es decible.

El cuadro tercero á bordo. Coro de mari-



neritos casi en cueros vivos; trinquete, jua-nete, babor, estribor, velera, chumacera y no sé qué más; en fin, mucha juerga y un contramaestre con anclitas en las solapas, en las mangas y en la gorra, tocando el pito á cada momento. De este cuadro no hay que hablar más; se puede sacar de él un partido loco hasta el naufragio, que ocurre porque revienta una caldera con un estrépito horroroso y efectos de luces de bengala. Aquí llega el público al delirio, y no cabemos en la escena todos los llamados: autores, actores, director de orquesta, pintores, polvoristas, hasta el

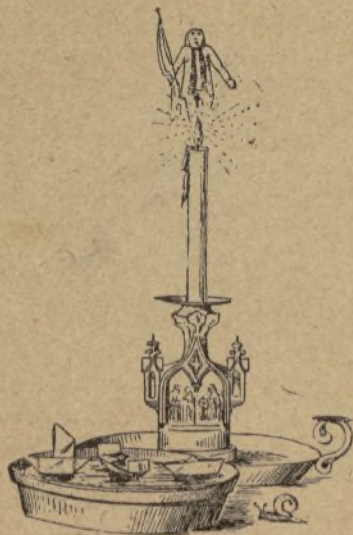
empresario, por el lujo y propiedad con que ha puesto la obra.

El último cuadro tiene lugar en Yokohama, donde ha ido á parar la barca, ó bote, ó falucho, ó lo que sea, en que se han salvado la Paca, el Marqués y el *Moños*; aquí chinos y japoneses de ambos sexos, palanquines, fakires... (fakires, fakires, hay que enterarse de lo que es eso), y bebedores de té y borrachos de opio. Con el té, agua sucia para los enfermos, y dar el opio y demás, se pueden hacer unas cuantas frases muy ingeniosas y de efecto seguro.

Por último, dan con la Paca; se descubre el *Moños*, y el Marqués, al ver que se quieren, y agradecido, además, al *Moños* porque le salvó la vida en el naufragio, les dice que se casen y que él será el padrino; el *Moños* se escama ante tanta generosidad, y el Marqués le tranquiliza diciéndole que no tema nada, que él, desde aquel instante, va á dedicarse en cuerpo y alma á los preparativos que hace la noble patria que los vió nacer para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de las Américas.—¿De qué Américas? dice el *Moños*. —¡Miral exclama el Marqués, y

APOTEOSIS

Se alza el telón y aparece en el fondo la



estatua del ilustre Colón, las tres carabelas y un letrero deslumbrador con aquello de

A Castilla y á León
Nuevo Mundo dió Colón.

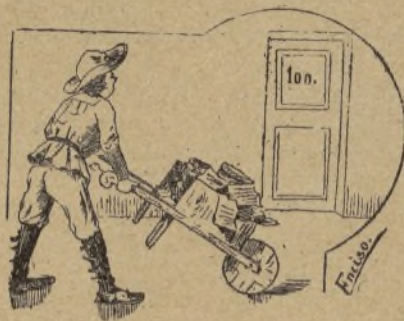
Y cae el telón, y está á punto de hundirse

el teatro con la ovación, y... á cobrar sin dilación. ¡Pom!

Sin contar con que, sobre esta base, lo mismo hago yo cuadros que actos.

Anda, que me vengan á mí con argumentitos y con consejos. Esos tres ó cuatro caballeros, ricos por su casa, que hacen cositas para los teatros grandes y sin música, ni decoraciones, ni floreos de esos, en primer lugar, se llevan cada grita que se oye en Pekín, luego nunca falta quien les diga que han robado el argumento á cualquier francés, y después, que al cobrar el trimestre, no reciben ni el dos por ciento de su trabajo; en cambio, para mí, todo es ganancia, digan lo que quieran Bofill, Cavia y todos los críticos habidos y por haber: soy tan autor cómico como la madre que me parió. Manzano, Pastor, Estremera y esos vienen á ganar lo mismo que yo; Vega y Luceño, menos; Vital y Ramos, bueno, con esos no hay competencia; pero á mí no me saca nadie de que mi género es el que priva, y el que da dinero, que es á lo que se tira. Escenas y tipos graciosos ó vistosos, sin ilación, ni pies, ni cabeza.

Estreno á primera hora, lleno el teatro de amigos y vengan representaciones; todas mis obras han llegado ó llegarán al número 100.



Y si me apuran mucho, le pongo á ésta un título clásico, de esos «partidos por gala en dos,» y se han caído; todavía estoy por titularla así:

EL MARQUÉS DE LA TENTARUJA

6

AQUÍ LE ARDE EL PELO Á CRISTO

FEDERICO MONTALDO.



MARÍA GUERRERO, EN «EL VERGONZOSO EN PALACIO»



De la Música

En serio y en triste.—Un triunfo y una derrota.—La estocada y la puntilla.—El autor dramático y el músico.—Los chicos de la prensa.—Las leyendas.—La muerte y el entierro de *Rachele*.—Opinión de *Asmodeo*.—Mozart, Rossini y Wagner.—Imaginación, genio, originalidad.—Boca de fraile.—Boca de Berlioz.

Hoy vamos á hablar muy en serio, si ustedes no lo llevan á mal, y vamos, además, á hablar en triste, porque el asunto de esta crónica va á ser puramente español, va á contraerse á la desgracia de un compatriota, al éxito negativo que ha obtenido la ópera *Rachele*, libreto del Sr. Capdepón y música de D. Antonio Santamaría, estrenada el domingo último en el Teatro Real.

En dos días seguidos hemos presenciado en el templo de Marconi un triunfo y una derrota: el sábado, *La Gioconda*, de Ponchielli; el domingo, la *Rachele*, de Santamaría.

Veinticuatro horas de intervalo han sido suficientes para eso.

El sábado, aplausos entusiastas, gritos de ¡brava! ¡bravo! ¡bravi! Llamadas á escena, un éxito colosal, exornado con todo el aparato que su argumento requiere.

El domingo, palmadas con sordina, siseos, exclamaciones irónicas, un fiasco adornado con todos los accesorios de crueldad, premeditación, alevosía y ensañamiento que usamos con nuestros compatriotas en este país donde la hidalguía, la caballerosidad, la nobleza, etc., etc., son patrimonio único, exclusivo é inalienable del carácter nacional.

En *La Gioconda* naufragó un tenor de confitería y triunfaron la Tetrizzini, la Pasqua,

Tabuyo, Mancinelli; aclamadas ellas, aplaudidos ellos, dignos todos de las entusiastas manifestaciones del público.

En *Rachele* triunfaron también la Mendioroz, Durot, Tabuyo... y naufragó el autor de la música, un artista español, á quien la distinguida concurrencia trató peor que al tenor de confitería de *La Gioconda*.

La estocada vino del teatro; la puntilla correspondía á la prensa. Y la dió generalmente con saña horrible, maltratando á Santamaría, en frases airadas ó burlonas, donde la mofa y la indignación se daban la mano.

*
**

Comedias y dramas caen por ahí á cada instante entre el hastío universal. Son obras feas ó tontas, que el público guillotina, vestido de levita negra y sombrero de copa, seriamente, elegantemente, á lo Debler.

La prensa entierra esas producciones entonando responsos de primera clase, llora sobre el cadáver, visita al viudo, enjuga sus lágrimas, le consuela é infunde alientos á su ánimo, en ambiente de duelo y conmiseración, que convierten la viudez en un regalo.

Pero llega una ópera escrita por músico español, y las cañas se vuelven lanzas.

El público se convierte en lamedora de

guillotina; insulta al reo, oye con delectación el golpe de la cuchilla y abandona el teatro cantando á los compositores españoles el *ca ira*.

La prensa se encarga del corolario del teorema nacional, arrojando el cadáver á la fosa común, pisoteando la tierra y hasta haciendo muecas al pobre muerto.

¿Por qué? Porque el autor dramático es, dentro del periodismo, un ser social, mientras el músico es un pária.

El primero tiene, por afinidades del oficio, trato constante con los que Pereda ha llamado «chicos de la prensa»; conoce á esos «chicos» lo mismo que á los medianos y á los grandes, los adula, los mima, solicita sus favores, mantiene con ellos cordiales relaciones de amistad, establece entre los «chicos» y él una nivelación que halaga á éstos y los encierra, para las luchas del teatro, en el presidio de la benevolencia obligatoria, de las concesiones forzadas, de la cortesía, del discreto, de la buena educación.

El músico vive de otro modo; vive alejado del periódico, donde las corcheas no tienen entrada, porque estorban, como estorba lo que no se entiende.

Los «chicos» no le conocen; los «chicos» no le tratan, no están obligados á nada con él, y eso de que exista en el mundo algo que sea inaccesible á la omnisciencia de esos «chicos» que saben de todo y hablan de todo y discuten todo con un desparpajo inconcebible, aumenta su desvío, estimula su ira y es causa de que el pobre aislado de las corcheas pague los vidrios rotos.

*
* *

Hay un medio de congraciarse con la prensa. Que un músico acuda á ella tronando contra la injusticia de los grandes, erigiéndose en víctima de asechanzas y maldades supuestas, de envidias del oficio, de todo linaje de pequeñas pasiones; que ese músico se presente humilde, solicitando protección, en virtud de la monomanía de persecuciones que le aqueja; que diga que los jurados le atacan, que los sabios le aherrojan y que los viejos le desprecian; que lleve en la mano la leyenda del pobre contra el rico, del oprimido contra el poderoso, del genio contra la rutina; que sea, en suma, caricatura del Walter de *Los maestros cantores de Nuremberg*, y ya puede retirarse tranquilamente, seguro de que todos los Apóstoles del Verbo escrito le tejerán coronas inmortales.

Verá entonces ese músico con cuánta fa-

cilidad, con cuánta elocuencia salen los «chicos» á la defensa del oprimido y al ataque del opresor; verá cómo piden para él las dulzuras de la gloria y para sus perseguidores los horrores del vilipendio; verá cómo colocan en su cabeza el nimbo de los Césares y clavan en una pica, como la de Mademoiselle de Lamballe, las cabezas de los que osaron hacer la más pequeña observación al sublime *e pur si muove* del flamante Galileo.

La ópera será obra asombrosa, revelación de un nuevo Quirós que viene á enriquecer las posesiones de la música española; se le proclamará, *séance tenante*, genio indiscutible; se felicitará ardientemente al arte nacional por haber encontrado ¡al fin! su media naranja; se acompañará al autor á su casa con teas encendidas; se darán vivas entusiastas á Galileo, á Quirós y á Walter de Stolz, salpimentados con mueras á todos los Beckmessers de la compañía, y después de la gran manifestación, la obra subirá á los cielos y se quedará allí, sin que á nadie, y menos que á nadie á los iniciadores de la orgía manifestante, se le ocurra pedir que baje á esta miserable tierra, donde ningún sér viviente la echa de menos.

Y así acaba esa tragedia-sainete del pobre contra el rico, del oprimido contra el opresor, del genio contra la rutina, de la mentira contra la verdad, de la farsa contra el sentido común.

*
* *

El Sr. Santamaría no se ha hallado en semejante situación. Se ha presentado al público con la ópera *Rachele*, y *Rachele* no ha gustado.

Sin padrinos, sin apoyo, sólo, inerme, el músico español ha hecho su *debut* en el regio coliseo, y allí se ha rechazado la obra del artista, como rechazan todos los públicos lo que no les agrada.

Rachele, por lo tanto, ha muerto, y no hay para qué hacer la autopsia del cadáver.

Ha sido una muerte triste; pero el entierro ha resultado odioso. «Dios te libre de la hora de las alabanzas», dicen por ahí, para dar á entender que los rencores desaparecen ante el sepulcro.

La desdichada *Rachele* no ha tenido ni aun esa suerte póstuma. Los periódicos, en su mayoría, la han acompañado á la última morada denostándola y arrojándola piedras, ó poco menos.

Todos hemos estado conformes en que la ópera ha nacido sin condiciones de viabili-

dad, y yo lo he dicho como los demás, y he tratado de desengañar al Sr. Santamaría, haciéndole ver que lo blanco es blanco, y no puede ser negro, empenése quien se empeñe en demostrar lo contrario.

Conste, pues, que *Rachele* ha sido un fiasco, y que el público no se ha equivocado al rechazar la ópera del joven maestro español.

Pero de decir atentamente al autor de *Rachele* que ha cometido un error, á tratarlo igual que á un facineroso que penetra en el Teatro Real para robar ó asesinar á alguien, y arrojarlo de allí como la Guardia civil arroja á los criminales de sus guaridas, hay, en mi concepto, alguna diferencia.

Y esto es lo que ha ocurrido al señor Santamaría con algunos periódicos que quizá pongan mañana en las nubes las innumerables vaciedades que se representan por ahí *pro pane lucrando*.

*
**

No quiero hablar más de *Rachele* ni de su autor. El asunto es tan triste, que no deben ustedes extrañar el tono sombrío, la instrumentación macabra de la presente *Crónica*.

Voy á terminar con las fantásticas consecuencias que la representación de *Rachele* ha sugerido á *Asmodeo*.

Este, como todo el mundo sabe, no es un «chico» de la prensa, sino un veterano de la literatura á quien yo respeto y estimo; pero cuando habla de música se va del seguro con suma facilidad, y escribe cosas como las siguientes:

«Será que á España, tan fecunda en hombres eminentes; que á ella, la patria de Cervantes, de Murillo, de Calderón y de Herrera, de Garcilaso y de Velázquez, le esté negado poseer un Mozart, un Rossini, un Wagner?

«Casi se convence cualquiera al tornar los ojos á lo pasado y al examinar lo presente.»

La lástima es que *Asmodeo* no haya tornado los ojos á lo pasado y haya examinado lo presente en Italia y en Alemania.

¿Cree *Asmodeo* que Mozart, Rossini y Wagner nacieron y se desarrollaron en el ambiente artístico de un Teatro Real de Madrid?

¿Cree *Asmodeo* que sus primeras obras líricas revelaban lo que el elegante revistero de salones conceptúa necesario, indispensable en las obras líricas: «imaginación, genio, originalidad?» Estas son las cualidades

que el benévolo crítico pide á la *Rachele* del Sr. Santamaría: imaginación, genio, originalidad; ni más ni menos.

¿Cree *Asmodeo* que reúnen esas condiciones muchas de las óperas que los abonados del Teatro Real aplauden con entusiasmo?

Asmodeo no se pára en barras, y desea nada menos que un Mozart, un Rossini, un Wagner (hace veinte años decían ustedes que Wagner era la negación de la música) para la nación española.

Este es el caso de decir con D. Ramón de la Cruz: «ya te contentarás con dos pesetas.»

*
**

¿Existe hoy algún Cervantes en la novela? ¿Existe algún Calderón en el teatro? ¿Existe algún Murillo, algún Velázquez en la pintura?

Y sin embargo, tenemos novelistas, dramaturgos y pintores.

Y tenemos, por si no lo sabe *Asmodeo*, músicos que se han llamado ó se llaman Gaztambide, Oudrid, Barbieri, Arrieta, Fernández Caballero, Marqués, Chapí.

¿Es que la música española empieza y acaba en el Teatro Real de la ópera italiana? ¿Es que el arte lírico nacional está circunscrito á las aficiones pulquérrimas de la *high life*, de la cual es *Asmodeo* el más conspicuo de los cronistas?

¡Mozart, Rossini, Wagner! ¡Y todavía pide *Asmodeo* á una obra lírica *imaginación, genio, originalidad!* ¡Es decir, algo nuevo después de Wagner, de Rossini y de Mozart!... Se conoce que ese día se levantó *Asmodeo* con boca de fraile.

Por eso no es extraño que, después de hablar de la poca eficacia de las óperas de Carnicer y de Saldoni y del triunfo de *Los Amantes de Teruel*, del maestro Bretón, añada:

«Pero antes y después, ¡cuántos ensayos infructuosos! ¡Cuántas tentativas inútiles! ¡Cuántos fracasos crueles!»

¡Ya lo creo! ¡Y los que habrá de registrar *Asmodeo* si sigue pidiendo á las primeras óperas de compositores españoles *imaginación, genio, originalidad!*...

Con algo menos se hizo justamente aplaudir el autor de *Los pavos reales*, en cuya boca las palabras imaginación, genio y originalidad me recuerdan la triple y famosa exclamación de Berlioz:

—*Fanatisme, fétichisme, crétinisme!*

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

¿Quién es autor de comedias?



RECORRÍ las Universidades, los colegios, las oficinas del Estado, los bufetes del comercio, donde quiera que pude ó creí encontrar juventud, ilusiones, inexperiencia y poco dinero, y reuniendo á esa pléyade entusiasta, esperanza del presente y gloria del porvenir, grité con toda la fuerza de mis pulmones para que hasta los sordos pudieran oirme:

—¿Quién es aquí autor de comedias?

Y cien mil voces resonaron, gritando:— «Yo soy: he aquí mi obra.»—Y cien mil manos se levantaron trémulas, agitando un puñado de cuartillas, y cien mil cerebros se representaron en aquellos instantes, creyéndolo ya cierto, el anhelado triunfo que tantas veces soñaron.

—¿Y por qué guardan ustedes en el bolsillo esos cuadernos, en lugar de presentarlos á una empresa de teatros ó á un actor inteligente?

—Ya hemos ido; ya sabemos lo que son esas cosas—contestaron todos algo mustios, dejando caer sus trabajos en el fondo de sus bolsillos;—solamente *el que escribe* sabe lo que son juntas, empresarios y actores; nos odian ó nos desprecian; parece que se alimentan con el hambre que nosotros tenemos.

—¡Ah! No. ¡Calumnias! Eso es una calumnia—contesté irritado.—No hay un solo actor que no lamente la falta de obras nuevas, ni un solo empresario que no se queje de la pereza de los autores, ni un solo público que no vea con tristeza la invasión extranjera en nuestro teatro. ¡Calumniadores! Si ustedes supieran hacer comedias, no les faltaría nunca empresario que las admitiese, actor que las representara, ni público que las aplaudiera.

—No, no, está usted equivocado—gritaron á coro.—Bien se conoce que usted no ha escrito comedias.

—Es un error, porque las he escrito, porque me las han rechazado, como á ustedes, y hoy agradezco con toda mi alma el favor que me dispensaron aquellos señores á quienes entonces maldije. Mañana pueden ser ustedes Generales, ministros, médicos famosos, célebres abogados ó banqueros insignes, y entonces, que seguirán ustedes siendo

tan ilusos como ahora, después de haber cambiado de ideales, bendecirán el día feliz en que *no se representaron* sus comedias, y quizá llegue á tal punto su descreimiento de *esas cosas* que hoy les llenan la cabeza de humo, que con desdeñosa sonrisa repetirán en casa de alguna Duquesa, tomando un té ó fumándose un cigarro, lo que á los veinte años escribieron, tal vez con hambre y frío, sin más fuego que el de su imaginación exaltada, ni más alimento que el poco sólido de sus ilusiones. Piensen ustedes que yo, sin ser jamás Ministro, ni General, ni banquero, ni grande hombre, he podido apreciar lo que con el tiempo valen esos papeluchos que abrigan ustedes en sus bolsillos, y que, cuando tenemos veinte años, nos parecen un verdadero y cuantioso patrimonio.

—¡Ha llamado usted papeluchos á esas hojas blanquísimas en que se encierra el trabajo de nuestra imaginación!—exclamó alborotado un rapazuelo.

—Les he dado su verdadero nombre—repliqué con formalidad;—y al que me demuestre lo contrario, le brindo protección y le aseguro un éxito.

Al oír estas palabras, todos abrieron desmesuradamente los ojos, contemplándose unos á otros llenos de asombro. Hubo un momento de calma, que bien pronto fué interrumpida por pequeños tumultos, que se acercaban á mí en diversos giros, como remolinos arrastrados por la corriente.

Muchos quisieron hablar á un tiempo; pero les hice ver la necesidad que había de guardar un poco de orden.

Y prometiendo escucharlos á todos, empecé á sufrir con paciencia el chubasco de palabras que comenzó á salir de la boca de algunos, cuyos discursos fueron los siguientes:

UN AUTOR DRAMÁTICO

Aquí me tiene usted, amigo mío, cansado de luchar con nuestra sociedad fanática y viciosa, cuyos problemas estudio desde que la Naturaleza, siempre justa y previsora, me concedió la facultad de discernir y pensar lógicamente, cosa que no hacen muchos. Los

problemas son arduos y trascendentales; pero la misión del autor dramático, santa y gloriosa, consiste precisamente en desentrañarlos, aclararlos y resolverlos.

La ley es á veces insuficiente, á veces errónea; pero nadie se ocupa de completarla ó sustituirla por otra mejor. Los fuertes callan, los débiles sufren opresión injusta; pero el dramaturgo ha clavado ya sobre la llaga social su mirada escudriñadora. Entonces traza en un cuadro, verdaderamente humano, el abuso ó el vicio que sorprendió, y dice al público entusiasmado: ¿Que la ley no basta? Inventemos otra ley suprema. Donde no lleguen las pesquisas de los Tribunales, llegarán el veneno, el puñal, el plomo; la conciencia dará muchas veces una solución; otras veces la casualidad será el azote de la justicia; pero el nudo que formó el crimen será siempre desatado.

En estos principios he basado mi sistema, y en algún tiempo de constante fatiga he llegado á escribir una obra, cuyo argumento voy á diseñar á grandes rasgos, para que usted se convenza de si valgo ó no para esas cosas.

Un hombre vive feliz con su esposa, de quien espera las mayores dulzuras, y entre hermosos pequeños que han de ser su gloria en este mundo. Ahí tiene usted á la familia honrada y dichosa gozando de la paz que ofrece un hogar tranquilo; pero una nube viene á oscurecer la luz de su buena estrella. Un infame sin conciencia y sin ley se atraviesa en su camino, robando al esposo el cariño de la esposa. El esposo lo descubre, pero calla, para evitar la deshonra del escándalo, y aquellas pobres criaturas crecen en la lobreguez del misterio, sin comprender la tristeza de su padre ni el abandono de aquélla que les dió el ser.

Llega el momento supremo; la colosal imprudencia de los amantes hace que uno de los hijos descorra el tenebroso velo que protegió al crimen, y queriendo castigar al infame que deshonró á su madre, le desafía y muere en el duelo. El padre, que ha sufrido su ignorada deshonra, ante la desgracia de su hijo, ocasionada por la ligereza de la madre, asesina á ésta y es llevado á la cárcel, mientras el amante, que había sabido enamorar á la hija, viene á casarse con ésta, recogiendo la pingüe herencia de sus víctimas.

El padre advierte á la niña que aquel hombre ha sido la causa de su perdición, enamorando á la madre, sacrificando al hermano y arrastrándole á él al crimen; pero ella, que siente una pasión frenética, no atiende á las

razones del autor de sus días, que acaba por volverse loco.

¡Y la sociedad recibe en su seno al bandido que, siendo culpable de todo, no siente sobre sí el rigor de la ley! Pero la vida del hombre á veces es más larga de lo que se desea, y andando el tiempo, cada cual encuentra su premio ó su castigo.

Aquel loco logra escapar del manicomio donde su familia le tenía olvidado, y proyecta una horrible venganza. La ocasión se presenta. Su hija y el yerno criminal habitan una pequeña quinta aislada en el campo. En el silencio de la noche llega á ella el loco; penetra en la bodega con una llave que por casualidad conservaba de cuando era cuerdo, amontona latas de petróleo y les prende fuego.

La casa arde, reduciendo á cenizas cuanto encierra, y el *vengador de su honra*, contemplando aquel espectáculo, ríe y ríe con nerviosas carcajadas, hasta que el humo y el cansancio le ahogan y muere, recordando en los últimos instantes la tranquilidad de su antiguo hogar, su desdicha, su crimen y su venganza.

UN AUTOR CÓMICO

Yo he dedicado todo mi talento al estudio de las costumbres, y el ridículo ha sido siempre para mí el arma favorita. Recuerdo que, antes de cumplir cinco años, me burlaba ya de los viejos, de los jorobados y de los cojos. No tuve un maestro cuyas actitudes no imitara yo, ni un jefe mío, desde que puse por vez primera los pies en la oficina, se ha escapado de mi acerada sátira. Luego fuí ensanchando mis ideales, y aquí me tiene usted frente á frente con nuestra sociedad, estudiando sus menores movimientos y sus horribles convulsiones, siempre dispuesto á poner la risa en los labios de cuantos admiren mi intencionadas producciones. Tal es el destino y tal el objeto del género literario, á cuyo perfeccionamiento me dedico años há. La comedia tiene, en mi concepto, una finalidad muy superior al drama, y con más facilidad puede aleccionar á un público que, entre el llanto y la risa, opta siempre por ésta. Dicho lo dicho, y para que forme usted concepto de la manera que perfilo este género literario, explicaré brevemente el asunto de mi última producción, en la que tengo fundadas mis halagüeñas esperanzas.

Un matrimonio y su hija, un conde calavera, un abogado muy bueno y muy sin una peseta, una *cocotte* desvengozada. He aquí los principales personajes. La niña quiere al

abogado, pero sus papás desean que se case con el conde. Esto da lugar á escenas altamente cómicas, porque la madre es una ridícula que se viste mucho y tiene presunciones de elegante, y el padre, un viejo muy raro, al que le gustan todas las mujeres. La niña, ya casi resuelta á complacer á sus papás, sabe por el abogado que su conde tiene querida, y le va con el cuento al padre que la engendró. Este trata de enterarse, y burla burlando se queda con la querida del Conde, quien se la cede con suma complacencia, mientras el viejo le oculte su falta. El viejo accede, relamiéndose de gusto, y la niña se halla de nuevo expuesta á ser sacrificada, pero al fin descubre el lío de su padre, y amenaza á éste con decirlo todo á mamá, que es muy celosa, si no protege los deseos del abogado. La fuerza logra lo que jamás la razón alcanzara, y la inocente niña es feliz con su novio, que le promete una existencia deliciosa.

No seguiré narrando todo lo que oí, porque sería muy largo de contar, y porque no es agradable para mí el recuerdo de aquellas horas terribles.

Uno tras otro fueron desfilando aquellos asesinos del arte y de la razón; unos tras otros me apedrearón los oídos con sartas de disparates que Dios confunda; unos tras otros se retiraron satisfechos, creyendo cada cual ser el elegido entre los mil llamados.

El esposo burlado, que hasta el acto tercero no encuentra ocasión de realizar su venganza; la esposa desleal, con todas sus consecuencias de remordimientos tardíos y atrevimientos imprudentes; la *cocotte* «de cabeza hermosa, pero sin seso», rodeada de espléndido lujo y de los necios que lo pagan; el abogado y el ingeniero, vividores y talentosos; el Marqués, necio y calavera; la niña, angelical, en oposición á la madre viciosa; el niño, *tunante*, avergonzando la honrada laboriosidad del autor de sus días...

Todos se codeaban, se sacrificaban, se envilecían, imitándose, repitiéndose una y mil veces.

Pero si los asuntos no eran nuevos y eran los personajes de lo más vulgar que se conoce, en cambio las situaciones, los resortes dramáticos empleados, dejaban mucho que desear en cuanto á su verosimilitud y originalidad.

¡Cuántas cartas perdidas por quien debió cuidadosamente guardarlas, y halladas siempre por quien pudiera sacar mayor provecho de ellas! ¡Cuántos maridos llegando tarde al

tren, que al volver á casa, mohinos, descubrían *la verdad de todo!* ¡Cuántas gentes que se presentan con *pruebas irrecusables* de que el prometido ó la prometida fueron unos tales ó unos cuales un minuto después de la boda! ¡Cuántas, que se esquivan penosa y difícilmente durante muchos años, para encontrarse cara á cara y reconocerse cuando la cosa ya no tiene remedio, al fin del drama! ¡Cuánta sensiblería, cuánta impudencia, cuánta maldad, cuánta inverosimilitud, cuánta locura; cuánto, cuantísimo desatino!

Habían hablado ya muchos, y muchos más se aprestaban para insultar al sentido común y darme un mal rato, cuando, ya perdida por completo la paciencia:

—No escucho más—les dije.—Bastante sufrí; no estoy dispuesto á eternizar mi sufrimiento. He oído á ustedes con verdadero asombro, y he de advertirles que cuantos asuntos me han citado recuerdo haberlos oído aplaudir ó silbar en el teatro. ¿Y ustedes créense, por ventura, inéditos? Será que todos hacen lo mismo, y ¡así estamos! por esto agoniza la dramática.

Necios, que *estudiáis la sociedad* en patrones mal cortados, para mofaros de ella; reíos de esos otros necios que resuelven los más intrincados problemas sociales con la misma facilidad con que resolverían á fin de mes la cuenta de su patrona. Ni vuestro escarnio ni vuestro consejo serán atendidos. ¿Quiénes sois vosotros para escarnecer y aconsejar? ¿Qué sabéis de lo que vale el teatro, y del cuidadoso respeto con que debíais prepararos para entrar en él?

¡Pienso con horror que mañana podáis llevar la voz cantante, envileciendo las tablas de una escena! Quizá llegaréis á ser admirados y aplaudidos; pero seguiréis tan ignorantes como ahora, que todo el mundo os desprecia.

El teatro tiene una finalidad que desconocéis, cuando empezasteis por desconocer su historia y los medios de que puede valerse para llegar á ser un elemento verdaderamente humano y civilizador.

¿No me atendéis porque digo verdades? Las represalias serán consecuencia de vuestro loco orgullo.

Podéis triunfar; pero vuestro nombre figurará en la historia, para ser mofa de gente sensata en venideros siglos.

El desprecio de todos pesará sobre vuestras tumbas, como pesan sobre la sociedad en que vivís, vuestro cinismo y vuestra ignorancia.

U. ACCESORIO.

TEATRO MODERNO

REVISTA NUEVA

Contiene numerosas ilustraciones: ornamentación, retratos y dibujos que reproducen escenas, decoraciones y detalles de indumentaria.

Sumario de los números 1 y 2.

Programa.—Escenas y escenarios: Colaboración del Teatro Moderno, por D. Manuel Cañete.—D. Pedro Bofill, D. Jacinto O. Picón, D. Francisco Flores García, D. Federico Jaques y D. Federico Urrecha.—**Teatro de la Comedia:** Inauguración, por don Manuel Matoses (A. Corzuelo).—**Teatro Real:** Lista de la compañía.—**Teatro de la Princesa:** Inauguración, por D. Gustavo Cacho Saavedra.—**Un libro viejo:** comedia del Sr. Felia y Codina: En el Teatro de la Comedia: por El amigo Fritz.—**Apuntes críticos:** Zarzuela, Price, Lara, por D. R. Marsá.—**Notas bibliográficas,** por Palmerin de Oliva.

Sumario del núm. 3.

Escenas y escenarios: Colaboración del Teatro Moderno: **Vivero de títeres,** por Eduardo de Palacio.—**El público de los estrenos,** por Emilio Zola.—En el Teatro de la Princesa: **Maria Egipciaca,** por El amigo Fritz.—En el Teatro de la Comedia: **Clara Sol,** por G. C. Saavedra.—**Nuevo tratado de Estética (Manera de atender),** por Un señor de la orquesta.—**Juicio público.**—**Notas bibliográficas.**—**Apuntes críticos.**

Sumario del núm. 4.

D. Manuel Cañete, por D. Melchor de Palau.—**Teatro Español:** Inauguración, por El amigo Fritz.—En el teatro de la Princesa: **El matrimonio de Olimpia,** por D. G. Cacho Saavedra.—**Teatro Real:** Inauguración, por Un niebelungo.—**Teatro Eslava:** por R. Marsá.—**Últimos estrenos,** por U. Accesorio y San Remigio.—**Juicio público.**

Sumario del núm. 5.

La prosa en el Teatro, por D. Antonio Sánchez Pérez.—En Barcelona: **La tia Tecla ó una señora resentida,** comedia en tres actos de D. J. Pin y Soler, por D. Reimundo Casellas Dou.—**Manual del perfecto autor,** por Un señor de la orquesta.—**Un estreno en Lara,** por Boccacio.—**La temporada del «Tenorio»,** por Andrés Corzuelo (M. Matoses).—**Reflexiones acerca de los estrenos,** por El amigo Fritz.—**Juicio público.**—**Teatro Real.**—**Noticias.**

Sumario del núm. 6.

Crónica musical, por D. Antonio Peña y Goñi.—**Formación,** por D. Eduardo de Palacio (con ilustraciones del Sr. Enciso).—En el Circo de Parish: **El Fantasma de fuego,** por D. G. Cacho Saavedra (con ilustraciones del Sr. Carcedo).—**Eslava,** por D. R. Marsá.—**Zorrilla,** por El amigo Fritz (con ilustraciones del Sr. Carcedo).—**Teatro Español (estreno): Mar y cielo,** de D. Angel Guimerá, traducido al castellano por don Enrique Gaspar.—Artículo de D. Melchor de Palau.—**Advertencia.**—**Juicio público.**—**Notas bibliográficas.**

Sumario del núm. 7.

Impresiones de teatro, por D. Pedro Bofill.—**Crónica musical,** por D. Antonio Peña y Goñi.—**Decadencia del teatro,** por Teófilo Gautier.—**Autógrafo de Guimerá.—Retrato de don Angel Guimerá** (por el Sr. Carcedo).—**Compendio para uso de los provincianos,** por Un señor de la orquesta (ilustraciones del Sr. Enciso).—**Tirso de Molina,** por Philarete Chasles.—**Juicio público.**—**Notas bibliográficas.**—**Respuestas.**

CONDICIONES DE LA SUSCRICIÓN

La Revista nueva, TEATRO MODERNO, que se publica semanalmente, reparte á los suscritores con cada número un pliego del SUPLEMENTO.

En toda España.

Un trimestre.....	Pesetas, 4
Un semestre.....	» 7
Un año.....	» 12

Edición de lujo.

Un año.....	» 50
-------------	------

Extranjero.

Un trimestre.....	Pesetas, 7
Un semestre.....	» 12
Un año.....	» 22

Ultramar.

Los precios que designen los señores Corresponsales.

Forman el primer SUPLEMENTO los *Prólogos y Entreactos*, de Alejandro Dumas, hijo, traducidos por primera vez á nuestro idioma.

Este libro, interesante y de gran trascendencia, contiene los trabajos de crítica más admirados que ha producido el ingenio incomparable del famoso dramaturgo, que nos presenta en sus *Prólogos y Entreactos* las ideas más esenciales de sus obras y sus razonadas teorías.

Administración: AYALA, 16 duplicado, bajo.

Los vendedores de Madrid hagan sus pedidos á Vicente Ramos, San Bernabé, 8.

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS, MADRID